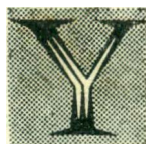


EN LA MASMEDULA /
GONZALO PORTOCARRERO,
JEAN ROBERT, LEON FERRARI,
BIRGER ANGVIK

SATAN CRUCIFICADO



ES tal la velocidad de la vida que el pensamiento, impulsado hacia el vértigo, se desenreda de sus vueltas y, recto en sus certezas, sin esfuerzo, reúne fragmentos, encuentra sentidos, deshace misterios. Y, de pronto, entre la aceleración que sin remedio crece y el descontrol que ya se viene, la fugaz fiesta del deseo. La voluntad sonríe y se esconden los temores: es Dócil la realidad e infinito lo posible. Pero la conciencia de la gloria es la caída en el infierno. Como ser feliz es ofender a Dios, alzarse contra El, resulta que la felicidad es tentación y búsqueda y el encuentro castigo y desencanto. El fin de la subida es el inicio del descenso.

Y es tal la lentitud de la vida que la conciencia, rodeada por el absurdo, flotando en la nada, permanece dando vueltas, casi siempre muy triste y, a veces, desesperada. Sin fuerza, rumbo ni meta, ha perdido el sentido que ordenaba su experiencia. Y así, en medio de su estupor temeroso, se refugia solitaria, en la máscara lisa de su dolor orgulloso. Mientras tanto, en su fortaleza interior, mil fantasmas aparecen y la atacan con crueldad. Pero de pronto, sin buscarlo, la vida reencuentra su secreto. En el fondo del infierno, en

su sufrir exagerado otra vez surge la vida ignorando su pasado. (*Gonzalo Portocarrero*)

EL DERECHO A LA MUGRE

Recuerdo aquellos días en que presentaba yo mis letriñas como aparatos capaces de acelerar la circulación de las materias orgánicas. Entonces promovía el reciclaje y, mirando hacia atrás, veo que era lógico que pensara así. Desde temprano me habían inculcado que *scripta manent*, lo escrito sobrevive a quien lo dictó. Así me había acostumbrado a creer en la permanencia del pasado. Había aprendido a concebir la memoria como un pizarrón en el que se conserva todo, tal como fue.

Hasta que un día, oyendo a José Merlin contarnos por tercera vez la misma historia sobre Sabinillo, su pueblo en la Mixteca Baja, me dí cuenta que el recuerdo no tiene que ver con la memoria. El recuerdo recrea los hechos, siempre semejantes y nunca iguales. La memoria los embalsama, los canaliza y los circula. Y entiendo que esta memoria, la que conserva tal cual lo dicho, es producto de una tecnología: sin el alfabeto no existiría ni se podría imaginar. Desde entonces, pienso que es así con todos los desechos. Lo que ustedes llaman el desecho es el análogo materializado de aquello que desde Aristóteles se ha llamado la memoria, o más precisamente, el "saber". Así como las leyes de la memoria determinan la sobrevivencia del pasado, la ley de conservación de la materia había engendrado en mí la ilusión de *stercora manent*, que todo excremento se conserva. Y, proyectando ésta, mi ilusión sobre el pasado, me había convencido de que, bajo muy distintas expresiones, todas las sociedades tradicionales habían reciclado sus desechos y lo habían hecho además en una forma más completa que nosotros. Guiado por este modo de pensar, andaba yo proponiendo a los campesinos nuevas técnicas para aproximarse otra vez a un ideal perdido. Fue la analogía entre la memoria occidental y el desecho moderno lo que disipó mi ilusión. Entendí que el desecho moderno, apto para ser conservado, tratado y circulado por el ingeniero es tan novedo-